

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Julio Claretie, por otra parte muy inteligente y notable escritor, se me figura que algo peca de cándido al creer que la tarjeta postal ha matado á la carta. A pesar de la comodidad que la postal no puede menos de prestar á los muy recargados de correspondencia ó muy perezosos y enemigos de la caligrafía, sostengo que ninguna carta digna de tal nombre dejará de escribirse porque existan postales en el mundo.

Verbigracia. Doy fe de que la dilatada familia de los pedigüeños, petardistas, profesores de esgrima de sable y demás cofrades de la santa hermandad de la *cuesta*, no se han enterado todavía de las ventajas que ofrece la postal. Escriben estos pacíficos industriales cartas cerradas, siempre de cuatro carillas, á menudo de dos pliegos, y manifestando una calma que contrasta con el apresuramiento postalográfico, que tanto lamenta el autor del *Príncipe Zilah*, refieren con pelos y señales toda su historia, el cúmulo de circunstancias que les han traído al caso de girar en descubierto contra los ajenos bolsillos. Mientras haya cuestores, habrá cartas largas.—Tranquílcese Claretie.

El poeta de moda es Petrarca. Con él vuelve á la superficie el soneto. ¿Pero acaso el soneto había pasado, acaso no son unos cuantos sonetos lo más perfecto y hermoso de la poesía moderna?

El amante de Laura hizo sonetos; sonetos hizo Heredia, y entre los dos grandes líricos está un mundo, no sólo de tiempo transcurrido, sino de ideales transformados; la incalculable evolución de la lírica.

Petrarca tuvo su precursor, como Heredia. El precursor de Petrarca fué el modesto y casi olvidado Cino de Pistoya. Antes que Petrarca, este jurisperito humanizó el amor, cantó á una mujer viva y muerta, con acentos de ternura moderna, elegiaca. No hay nadie sin raíces, sin antecedentes. Así lo ha dispuesto la naturaleza, enemiga de saltos, como nadie ignora.

Petrarca nació el 20 de julio de 1304, en Arezzo. Él mismo nos lo refiere, y añade un detalle que explica su melancolía: nació desterrado. Su padre era, como Dante Alighieri, de la facción blanca, y como él había sido expulsado de Florencia. Y siempre la sombra melancólica del destierro envolvió su destino.

Un rasgo curioso de la biografía de Petrarca, rasgo por otra parte en armonía con la índole amorosa y refinada de sus versos, es que, á los veintitrés años de edad, era lo que hoy llamaríamos un *muchacho de la goma*. En Avignon, residencia entonces de los Papas, emporio de elegancia y lujo, Petrarca se consagraba á rizarse el pelo, á adornarse con la mayor prolijidad, á perfumarse, á pavonearse así en la calle para recoger miradas de hermosas. La vocación del enamorado precedía á la del poeta, pues en aquel período Petrarca sólo había cursado Derecho: no era el *canzoniere*.

En un templo de Avignon vió por primera vez á su Musa, Laura de Noves. Dos años hacía que *la bella giovinetta*, como el poeta la nombra, estaba casada con Hugo de Sade. Y de esta unión, Laura hubo numerosos retoños. Cuando Petrarca lamenta la falta de salud de su adorada, son los achaques inherentes á la maternidad los que causan esa falta de salud.

Todavía peor que la fecundidad de Laura es lo que el mismo poeta nos dice de ella: que no la importaban un ardite las canciones ni las poesías.

Mas para aquel discípulo de Platón, de Plotino y de San Agustín, tempranamente imbuído de ideales modernos, Laura era la Belleza, y no necesitaba ser otra cosa para exaltar un espíritu y elevarlo á la región de lo suprasensible, hasta volar á la Causa pri-

mera, y, como Dante, percibir en vida los esplendores del paraíso.

Su pelo de oro, su gracioso rostro, sus dulces ojos... Ahí estaba la idealidad de la madre de familia que se llamó Laura de Noves y que (según piensan los más eruditos comentadores y críticos) nunca pagó con un latido de su corazón pasión tan elevada, expresada en tan incomparables estrofas.

A esa Laura que tal vez no se enteró, ó al menos hizo como si no se enterase, Petrarca le dedicó veintisiete canciones y trescientos diecisiete sonetos. Y mientras cincelaba el engarce de este collar magnífico abrochado al cuello de una mujer, la mujer acrecentaba el número de los ciudadanos de Avignon, y por su parte el poeta hacia otro tanto, sin que se le ocurriese regalar á la madre de sus hijos una sola rima.

Conste que nadie me ha preguntado mi opinión acerca del descanso dominical en toros y tabernas, pero esto no impide que yo la tenga, como cada quisque. Y mi opinión es completamente favorable al descanso sin excepciones.

Y si nadie descansase, y si las tiendas continuasen vendiendo, y los talleres funcionando, y las fábricas echando humo, y todas las formas del trabajo en plena actividad, continúa creyendo que debieran cerrarse las tabernas y suprimirse las corridas.

No concibo siquiera que esto se discuta, y no me importa que se afirme que desconozco las exigencias y dictados de la realidad. La realidad es como la libertad: se cometen crímenes en su nombre.

Nuestro mal, ó por lo menos gran parte de nuestro mal, viene del empleo que damos al domingo. Es el día del diablo, como diría Tolstoy. Por fin, los demás días de la semana se trabaja, y el trabajo morigerado. El domingo, la barbarie se desborda.

No hay que fijarse, cuando se intentan reformas de tal trascendencia moral, cuando por fortuna se hace sentir su urgencia, en si se perjudica á Fulano ó á Perico de los Palotes; á esta clase, á este grupo, á aquella industria.

Todo eso es pasajero; la industria busca otro campo, el grupo otra labor, cada cosa vuelve á su sitio, el agua recobra su nivel. Lo que no puede calcularse es la transformación profunda de las costumbres, el efecto enorme, para el nivel moral, que el cierre produciría. Si alguien pierde en lo material, en intereses, en lucro..., no sacaré del armario el pañuelo de mayores dimensiones. ¡Ahí es nada! ¡Los domingos sin tabernas y sin toros!

Especialmente lo primero, representa la mitad del camino andado para que empiece á no ser fórmula irrisoria el bello, el admirable precepto de *santificar las fiestas*.

¡Precepto tan olvidado! ¡Precepto que parece idea de un insigne estadista y sociólogo á lo divino!

No se trata de rezos, no se trata de afluir á los templos; esto sería excelente, pero no á todos grato. Tratemos de concertar las voluntades: entiéndase la santificación de las fiestas en un sentido humano, hasta profano, jubiloso.

¿Quién ha dicho que la gente no se divierta los domingos? Diviértase, al contrario, cuanto pueda. ¿Acaso no hay más medio de divertirse que emborracharse ó ver tripas colgando?

Los toros, á la verdad, están tan decadentes, tan escasos de personal lucido en las cuadrillas, que no se concibe cómo no aburren á los mismos fieles de la *afición*. Ya no son más que el espectáculo sangriento, sin la excusa de la destreza y la habilidad. Acaso, cerradas en domingo las tabernas, el público de la plaza de toros disminuiría, porque estos dos estímulos, fatales á la gente laboriosa, se dan la mano.

Entre otros argumentos contra el cierre, dicen: lo que no se beba en domingo, se beberá en lunes... Extraña psicología. La bebida no es una necesidad natural, orgánica, que insatisfecha un día se impone al siguiente, acaso con más fuerza. La embriaguez es un mal hábito, un vicio, y como todo vicio, la interrupción temporal puede ayudar eficazmente á desarraigarlo. Hay otro punto en que tal vez no se fija la atención. Al trabajador, lejos de hacerse corto el descanso, cuando dispone de un día entero discurre *cómo matarlo*; es una solución de continuidad en su existencia; tiene que rellenar ese tiempo vacío; por eso, de los domingos, nace muchas veces el hábito de la embriaguez. Vandervelde, el eminente escritor socialista, ha consignado esta observación: «desde que los obreros consagran los domingos á excursiones campestres, ha disminuido la embriaguez en sorprendente proporción.» Llenad el domingo: el pueblo no echará de menos la taberna. Cerrad la taberna: disminuirá el tropel de gente en la taquilla de la plaza de toros.

En las cercanías de mi pueblo, el mal empleo del domingo, sobre todo de la tarde del domingo, ha llegado á constituir un verdadero problema de orden público y de buen gobierno. Los caminos, encantadores, poéticos, á la orilla del mar, están orillados de madreselva... y de templos de Baco. La mozallería de los lugares circunvecinos concurre á la taberna para calentarse bien los cascos; después, armada de garrotes, revólveres, llaves inglesas y navajas de dos mil muelles, se esparce, nuncia de civilización, por esos caminos que la madreselva embalsama, y la emprende á porrazos, cuchilladas y tiros con el lucero del alba que pase, llevando en la mano una torta. Hace pocos meses dejaron por muerto á un inofensivo señor que se paseaba admirando la puesta del sol en la ría. La Coruña es, sin embargo, una ciudad importante, culta, del litoral. Y estas cosas no ocurren en los aduares marroquíes. Son obra de la taberna, del alcohol, ofrecido á la grosera concupiscencia durante las horas de descanso, en que el trabajador no sabe cómo distraerse, y crea un vicio para tapar el agujero de su tedio no confesado. Si no cerráis el domingo la taberna, sobre todo la taberna, mejor hicierais en prescindir del descanso dominical. Lo convertís en daño. Las más sangrientas guerras, las epidemias más mortíferas, no igualan, en funestos efectos, al alcohol, único recreo de las clases pobres.

Pues, señor, ¡continúan los periódicos escribiendo sin recato *sportments y parisien!*

Y en cambio, los cajistas de los mismos periódicos le corrigen á uno el poco, pero honrado inglés que sabe, y le hacen escribir *I* con minúscula.

(*I*, nominativo del pronombre personal de primera persona: entendámonos.)

Habría que resignarse. La palabra que en inglés equivale á *deportista*, en singular y en plural, tiene desgracia. Propuesto se han que no la conozca la madre británica que la parió... y se salen con la suya.

Por última vez: se dice así: *sportman*, deportista. *Sportmen*, deportistas.—*Parisiense* (del lat. *parisensis*), natural de París.—Para cerciorarse de esto último basta con abrir el Diccionario castellano.

Ha sido desinfectada convenientemente (era hora) la ropa empeñada en las infinitas casas de préstamos de Madrid, y parece que al leer esta nueva se nos tranquiliza un poco el espíritu, desasosegado ante los temores de repugnantes infecciones microbianas.

Porque es divertido recorrer las casas de préstamos, en las cuales suelen verse cosas que interesan al novelista, que hablan de historias de dolor, de conflictos morales, de grandezas fenecidas, de ese oleaje de vicisitudes sin el cual la sociedad sería como un plato de calabaza cocida sin sal; pero el terror de lo que andaba colgado por aquellas perchas, enfundado en aquellos oscuros gabinetes, mal preservado de la polilla por el clásico alcanfor, helaba las iniciativas y echaba á perder las descubiertas.

Tenia un miedo á la *vecchia zimarra*, donde la peste, ni siquiera bohemia, sino burguesa ó proletaria, había sentado sus reales, y parecía resuelta á no irse.

¡Bienhayan las estufas desinfectadoras! Ellas nos permitirán escudriñar tranquilos esos establecimientos donde el mar de la vida hace remanso y deposita restos de naufragios, testimonios de amarguras, lo que suele quedar sobre el campo de batalla, en las grandes capitales encarnizada y fiera. El bordado mantón, el abanico de nácar, la mantilla de blonda, son lo más visible, pero no lo más sugestivo, de esos despojos. Un día, en una casa de préstamos, vi empeñado un cuadrado que, en marco de caoba, bajo vidrio, encerraba un ramillete de azahar. ¿Qué había valido el empeño de ese recuerdo tan íntimo? ¿Qué había dado por él el impío prestamista? ¿Qué género de necesidad remediaron esas flores de cera, á las cuales el transcurso del tiempo ha comunicado un matiz enfermizo? ¿Son prenda que conservaba un esposo, en memoria de una hora inolvidable? ¿Las guardaba la misma esposa, como signo de que eternamente pertenecía á un hombre? ¿Las trajo á la casa de empeños un heredero..., un hijo..., precisado á desprenderse de las flores que engalanaron el corpiño de su madre la mañana de sus desposorios? ¡Quién interpreta el enigma de un ramo de azahar encuadrado primero y pignorado después!

La cuestión de la desinfección de las capas viejas me sugiere la de la quema de hospitales, que está á la orden del día. Los hospitales se queman porque, al cabo de algún tiempo, sus paredes son un criadero inmundado de microbios.

¡Ya lo saben los constructores de Hospitales y Casas de salud: á la malicia, á la malicia!

EMILIA PARDO BAZÁN.